

de poseedores de títulos universitarios.

En cambio, los que se llaman ricos continuarán siéndolo, porque se les dejará en el uso de sus lujosas habitaciones, facilitándoles además cuanto es necesario para la vida.

Con la entrada de lo superfluo en el patrimonio universal, suelo, subsuelo y máquinas bastará para que la producción satisfaga á todas las exigencias.

Ahora bien:

¿Es posible una huelga general?

—Sí.

¿Cómo llegará á producirse?

—Cuando un suficiente número de trabajadores y empleados se crean capaces de organizar lógicamente la sociedad.

¿Qué medidas deberán adoptarse desde el primer momento para asegurar el triunfo?

—Las federaciones de oficios empezarán *solamente* la producción y el cambio de productos cuando hayan disuelto, derribado y exterminado todos los engranajes que componen el régimen capitalista: Estado, sostenido moralmente por la Iglesia y materialmente por los poderes coercitivos.

¿Qué será de los empleados y funcionarios públicos de todas clases sostenedores de la Iglesia y del Estado?

—Siendo los más débiles después, habrán de amoldarse al nuevo estado de cosas y serán los primeros en aceptar el nuevo modo de ser, que les asegurará dignamente la vida sin otra obligación que la de contribuir al sostenimiento del régimen de solidaridad humana.

Los ricos serán más felices que hoy porque continuarán gozando sin ver sufrir á los demás.

Los pobres no tendrán envidia de los ricos, porque no carecerán de nada.

tócratas en la época de la gran Revolución; pero tendrán que contemplar la ruina de su fortuna; habrán de sufrir la tortura de ver sus arcas deshechas, sus monedas esparcidas despreciativamente por el suelo; sus billetes, títulos, acciones, bonos, pagarés, cheques, letras, etc., reducidos á cenizas; todo como condición indispensable para asegurar el derecho á la vida de todos los seres humanos, incluso ellos mismos, sin exceptuar á los demás malhechores más ó menos honrados y deshonrados de la sociedad presente.

Esa insignificante pérdida material será ampliamente compensada por las inmensas ventajas que les garantizará el nuevo sistema social, al mismo título que á sus hermanos del proletariado, que les reportará el 100 por 1, sin víctimas, sin lágrimas, sin maldiciones, sin sonrisas forzadas de aquellas que ocultan un odio reconcentrado, sin aquellos privilegios exclusivos que constituían el cortejo inseparable de su riqueza y el resorte indispensable de su posesión.

Porque al fin es preciso que los proletarios entren un día ú otro á participar del bien común, de la riqueza social que les pertenece por justo título y de que inicua y sistemáticamente han sido defraudados por el egoísmo de las clases espoliadoras.

Porque ello es, digan lo que quieran los códigos, las religiones y las escuelas, que cada individuo que nace tiene derecho, como unidad, á su parte en la propiedad común, que es tan inicuo detentar parte de ella como acaparar los rayos del sol y el aire que se respira.

Si una serie abominable de crímenes ha permitido esa espoliación, á la altura en que nos hallamos ya no puede tolerarse un día más.

Pero discutamos aún un poco el asunto.

¿Habría alguien capaz de sostener que la clase de los privilegiados ha producido más que lo que ha consumido, y, por tanto, que es natural que transmita este excedente exclusivamente á sus descendientes?

La Herencia Social

En la próxima revolución los burgueses no tendrán que correr los riesgos de la prisión y del cadalso, castigos que sus antepasados infligieron á los aris-